

términos generales acondicionar al hombre para la multitud de acciones directas de que consiste su vida: es, por lo que a nosotros respecta, la tarea suprema de acondicionar a nuestros lectores —que esperamos sean los trabajadores, los agricultores, y sus aliados, — para que lleguen a ser el medio efectivo de la revolución.

Este sutil proceso de acondicionamiento no debe confundirse con el trabajo de preparación directa para la lucha diaria: trabajo que les toca principalmente a los maestros, a los teorizantes, a los organizadores de partidos y de gremios, quienes están a su vez considerablemente acondicionados por el trabajo acumulado de los escritores. Y debe ser claro que este trabajo de acondicionar la entidad social, por invisible que parezca, es la acción directa de los escritores. Las palabras desde luego son también instrumentos para la "preparación": el reportaje, los panfletos, los gritos de combate, los manifiestos (este papel es una especie de manifiesto) tienen sus usos legítimos en el trabajo político. Pero solamente hasta donde se entienda la necesidad del medio revolucionario; y hasta donde prevalezca la función principal del arte literario, que es crear este medio.

El escritor que olvida esto, para someter su arte a alguna labor aparentemente más inmediata, debilita la salud orgánica y el progreso de la humanidad traicionando la parte integral que le corresponde en él. Y en un mundo lleno de hambre, de horrible injusticia, de amenazante guerra, sólo una claridad rara, vigorosa y heroica, hará que el artista literario se mantenga en su tarea a menudo infructuosa, a menudo oscurecida, pero no obstante fundamental.

2.—El escritor americano bajo el Capitalismo.

Aplico en seguida estas definiciones a los problemas especiales del escritor revolucionario americano. Para el objeto tenemos primero que dar un vistazo al estado general de los lectores y escritores de nuestro país.

Nunca nos han faltado talentos literarios. Pero el suelo económico en que criaron raíces desapareció antes de que éstas se arraigaran firmemente. Hemos tenido grandes escritores. Han tenido influencia en el extranjero en donde una vida orgánica cultural que posee lo que

a nosotros todavía nos hace falta—memoria y conciencia de nosotros mismos—podía hacer uso de ellos. Aquí un Poe, un Whitman, un Thoreau, un Melville, podían ganar solamente discípulos sentimentales porque la discontinuidad de condiciones étnicas e in-

La Liga de Escritores Americanos

— De *New Masses*, New York, N. Y. 7 de mayo de 1935. — Traducción y envío de *Carmen Lyra* —

En Mecca Temple (ciudad de Nueva York), el 27 de abril se congregaron unas cuatro mil personas para presenciar la sesión de apertura del Primer Congreso de Escritores Americanos. Frente al público, unos 200 delegados, ocupaban el escenario, entre ellos los escritores más vigorosos de la generación más joven y de la anterior. Sesenta y cuatro habían venido de veinticuatro diferentes estados, fuera del de Nueva York. Entre invitados y delegados había 36 mujeres y 21 escritores negros. Méjico envió 4 delegados, entre ellos José Mancisidor. Cuba estaba representada por Lola de la Torriente, escritora y editora; la literatura judía por el poeta Moïshe Nadir y los escritores revolucionarios alemanes, muchos de ellos en las prisiones nazis y en los campos de concentración, enviaron un saludo al Congreso con Friedrich Wolf, el autor de *Marineros de Cattaro*. Japón envió una mujer como delegado.

Al día siguiente los delegados comenzaron su discusión que debía durar dos días, en la Escuela Nueva de Investigación Social, que terminó con la organización de la Liga de Escritores Americanos. El mito de que los escritores no se pueden reunir para tratar de las cuestiones que les atañen, que no pueden actuar juntos a causa del "temperamento", celos profesionales y cosas por el estilo, no se tomó en cuenta. Hubo unidad y fuerza, a pesar del gran número de puntos de vista, de métodos de acercamiento, diferencias de opinión en casi todo lo concerniente a literatura. La comprensión de un acontecimiento que da vida, entusiasmo, realidad, estuvo presente en el conjunto de las sesiones y en las breves conversaciones que tuvieron lugar entre las sesiones. En esta reunión de gentes de letras no hubo un momento de rancio academicismo.

Como lo dijo Waldo Frank, el nuevo secretario elegido de la Liga, en su último discurso: "Sólo es posible describir nuestros sentimientos con respecto a este Congreso, en términos ante los cuales vacilamos nosotros acostumbrados a la superficialidad en nuestras relaciones". Es imposible en una breve información, hacer otra cosa que dar sugerencias sobre el plan de los asuntos que se discutieron. Nombrar los escritores que hablaron y sus tópicos, sería tan sólo dar una larga lista. Fueron leídos más de 30 ensayos que se discutieron por un número mayor de oradores de la asamblea. Se dedicó una tarde a diferentes ramas literarias, por comisiones separadas: dramaturgos, novelistas, poetas, críticos, con el fin de llevar a cabo un estudio más técnico de su trabajo.

Geográficamente, el número de congresistas fué significativo. Del Oeste vinieron la joven novelista Tillie Lerner y Luis Colman, autor de la novela proletaria "Madera". Jack Cornroy representó el Oeste medio; James Arrell y Nelson Algren, Chicago, y Meri del Le Sueur, cuyos artículos se han des-

dustriales hizo su mensaje anticuado más antes de que una generación pudiera madurar para oírlos. Nosotros los americanos somos débiles—infinitamente más débiles que los campesinos de China, de la América Hispana o de la vieja Rusia—en cuanto se refiere a esa conexión intuitiva con el suelo y con el propio yo y con el pasado humano que hace de un pueblo un medio efectivo para la acción creadora; y que hace la transición psicológica al Comunismo consciente comparativamente fácil. En este, nuestro estado común de mala nutrición cultural, la necesidad de un arte literario sana es manifiesta. Pero nuestros escritores se han contaminado con la enfermedad que ellos tienen que ayudar a curar. Un sentido de impotencia derivado de su inconexión con las clases vitales del mundo americano, los ha conducido a una serie de novedades y dogmas europeos; y sus reflejos de los estilos literarios extranjeros, como los superficiales desteñidos de un kaleidoscopio, no han resultado en nada. Cuando se han vuelto hacia nuestro mundo, nuestros escritores no han podido resentir la abrumadora influencia del sistema capitalista. Han sido festejadores, proveedores de confites y cocktails. Cuando, inmediatamente después de la guerra, comenzaron muchos a rebelarse, su rebeldía era insincera: un golpeo exhibicionista de tambores o un gruñido y un gesto de desprecio.

Ahora bien, la causa más profunda de su servidumbre como escritores, y de su impotencia, es la oculta ideología del sistema americano, que—lo mismo liberales que conservadores—la mayor parte de nuestros escritores han absorbido. Y esto viene dolorosamente al caso, porque—ya ellos se dan cuenta o no—la misma ideología prevalece entre nuestros escritores revolucionarios. Demasiados de nosotros hemos adoptado la filosofía de la cultura capitalista americana que hemos jurado derribar.

3.—El escritor americano revolucionario.

Esta ideología americana, que ha prevalecido desde un principio—desde el tiempo de aquellos profetas de asuntos burgueses: Benjamín Franklin y Alejandro Hamilton, los verdaderos maestros de nuestro modo de vida — es un racionalismo estático, poco profundo, derivado de las mentes más superficia-

GARAGE PENON

Teléfono 2061

Av. 10, al Oeste de El Pelayo—San José

En este taller reparamos totalmente su auto o camión, a dejarlo completamente nuevo, se lo pintamos con elegancia, le cambiamos el capote y le arreglamos el tapiz.

NUESTRO LEMA ES:

Buen trabajo y Precio módico

Tomar CAFE

es una delicia,
si Ud. toma el
sin rival de

Miguel Guevara H.

El más popular
de San José

25 varas al Norte de la Botica Oriental

(Pasa a la página 373)

Ha llovido
y en cada ciprés
hay un sinfín de gotas
de cristal;
ha llovido
y en el corazón
hay un millar de perlas
de ilusión...
Cristalizada el alma está
por la emoción.

Canta el aguacero
un himno cordial
y el agua que corre
se lanza hacia el mar;
le lleva a las ondas
su fuerza vivaz,
su impulso de vida,
su marcha triunfal.

En este aguacero,
—medita el labriego—
hay nuncios de espigas,
de pan y alegría,
canción de mujeres,
que al caer de la tarde

Primera lluvia

Envío del autor.— Costa Rica. Abril de 1955. —



Ilustración de G. Huertas.

recogen las mieses
y van por los campos,
sonrientes y bellas,
dejando una estela
de versos y flores,
de ensueños y amor...

En este aguacero
recuerda la abuela
las horas pasadas
al par de la hoguera
con su compañero
que hoy duerme en la tierra

J. J. Salas Pérez

después de mil luchas
y torpes afanes.

En este aguacero
hay germen de dichas,
también de tristezas
e ignotas tragedias.

Sigamos el curso
de todas las aguas
que bajan del cielo
y bañan la tierra
y llegan al mar;
sigamos el curso
de todas las aguas
que dejan la tierra
y suben al cielo
y logran ser nubes
de blanco esplendor...

Bañemos los cuerpos,
bañemos las almas
en aguas lustrales
de eterno vigor.

La Liga de escritores americana...

(Viene de la página 312)

tacado entre la colaboración de "New Masses", vino de Minneapolis. Eugene Clay, joven poeta negro, vino de Washington; Eugene Gordon, de Boston, Josephine Herbst habló de su gente de Pensilvania, colonos alemanes que llegaron mucho tiempo antes de la Revolución Americana. Grace Lumpkin era un delegado del lejano Sur, Rebeca Pitts, de Indiana. Había escritores de Arkansas y Nueva Méjico. El medio social de estos escritores era también muy diferente. La mayor parte, sin duda alguna, pertenecen a la clase media, pero Jack Conroy, Michael Gold y muchos de los escritores más jóvenes, proceden directamente de la clase trabajadora: Langston Hughes, el poeta del trabajador negro, no pudo estar presente, pero se leyó un ensayo suyo en la sesión de apertura.

En el Congreso tomaron la palabra algunos líderes de la clase trabajadora, entre ellos Earl Browder, Secretario General del Partido Comunista, Hays Jones, marinero, Angelo Herndon y Clarence Hathaway editor del "Daily Worker".

Harry Carlisle de Los Angeles, destacó el problema que confrontan muchos escritores hoy día. Hasta hace unos pocos años, él era un novelista que se inclinaba decididamente a buscar material en la vida de los trabajadores. Durante el colapso económico había sido arrastrado a la lucha de los trabajadores del campo y del mar en California y había desplegado actividad en la organización de su ramo. Pero este es un problema que se ha resuelto gradualmente aun en California, en donde se echa mano a todos los organizadores en disponibilidad. Con el crecimiento de la base del movimiento, en el Oeste—explicó Carlisle—ha sido posible una mayor división del trabajo y los poetas y los novelistas pueden empezar ahora a laborar en su trabajo profesional.

Earl Browder en su discurso de la primera sesión, se refirió a este dilema:

"Primero está la pregunta: ¿Puede el Partido reclamar un papel dirigente en el campo de las bellas letras? Si es así, ¿sobre qué bases?

"Nuestro Partido pide guiar políticamente a sus miembros, en todos los campos del trabajo, inclusive el de las

artes. Hasta qué punto tal dirección puede ser ejercida sobre personas que no son del Partido, depende enteramente de la cualidad del trabajo de nuestros miembros. Si esta cualidad es grande, la influencia del Partido crecerá; si la cualidad es débil, nada en el mundo puede dar al Partido un papel dirigente. Nosotros no pedimos sino el ser juzgados por la calidad de nuestro trabajo.

"Esto significa, que la primera exigencia del partido a sus miembros escritores, es que sean buenos escritores,

cada vez mejores, porque sólo así pueden servir al Partido. No queremos tomar buenos escritores y hacer de ellos malos dirigentes de lucha".

El Congreso terminó sus sesiones con la tarea para la cual había convocado, la organización de la Liga de Escritores Americanos, para afiliarse a la Unión Internacional de Escritores Revolucionarios. La Liga, bajo la dirección de Waldo Frank, comienza su carrera con unos doscientos miembros. El trabajo de la Liga se llevará a cabo por un Consejo nacional de 50 miembros. De este Consejo Nacional, el Congreso eligió diecisiete miembros para el Comité Ejecutivo, que guiará el trabajo central del cuerpo en Nueva York. Los miembros del Comité Ejecutivo son: Kenneth Burke, Madoln Cowley, Waldo Frank, Joseph Freeman, Michael Gold, Henry Hart, Josephine Herbst, Granville Hicks, Matthew Josephson, Alfred Kreymborg, John Howard Lawson, Albert Maltz, Harold Clurman, Edwin Seaver, Isidor Schneider, Genevieve Taggard, Alexander Trachtenberg.

Nos levantamos y vivamos al Congreso, los delegados que partían, la nueva Liga de Escritores Americanos que se había organizado y a Waldo Frank en su tarea llena de responsabilidad. La Liga trabajará por una mayor unidad de propósito y creará un significado orgánico social para la literatura que nunca se ha visto antes en nuestra historia.

PARA SUS REGALOS

y trabajos a perfección,

recuerde siempre

La Joyería de su Confianza

SCRIBA & GONZALEZ

Frente al Palacio Nacional

In angello cum libello — Kempis.—

En un rinconcito, con un librito,

un buen cigarro y una copa de

Anís Imperial

suave - delicioso - sin igual

FABRICA NACIONAL DE LICORES - San José, Costa Rica